

«TER O ARCHIDUQUE POR VEZINHO». LA JORNADA A LISBOA DE CARLOS III EN EL MARCO DEL CONFLICTO SUCESORIO DE LA MONARQUÍA DE ESPAÑA

DAVID MARTÍN MARCOS*
UNED

RESUMEN: *La Guerra de Sucesión española fue el primer conflicto internacional en el que Portugal participó después de la restauración de su independencia en 1668. Su integración en el bando aliado otorgó a Lisboa una posición central ante la inminente invasión de España. La capital portuguesa fue así un perfecto centro de operaciones, además de provisional residencia del archiduque Carlos en el bienio 1704-1705. Este artículo analiza la estancia del Habsburgo en la ciudad y sus viajes por la geografía portuguesa supervisando los preparativos militares acompañado de Pedro II de Braganza. Los días que pasaron en Lisboa y su periplo no respondieron, sin embargo, a un patrón prebélico. Comprendieron también visitas a reliquias e iglesias así como un vistoso programa festivo en numerosas localidades que buscaban publicitar las virtudes de ambos soberanos. Solo después de la conquista de Gibraltar y la entrada de los Aliados en el Mediterráneo Lisboa perdería su protagonismo.*

PALABRAS CLAVE: Guerra de Sucesión española. Archiduque Carlos. Pedro II. Portugal.

«TER O ARCHIDUQUE POR VEZINHO». THE JOURNEY OF CHARLES III TO LISBON IN THE CONTEXT OF THE CONFLICT OF THE SUCCESSION OF THE SPANISH MONARCHY

David Martín Marcos es investigador «Juan de la Cierva» en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Dirección para correspondencia: Facultad de Geografía e Historia - UNED. Despacho 422. Senda del Rey, 7. 28040, Madrid. Correo electrónico: dmartinmarcos@geo.uned.es.

* Programa de ayudas para movilidad posdoctoral en centros extranjeros. Ministerio de Educación. EX2009-0105.

ABSTRACT: *The War of the Spanish Succession was the first international conflict in which Portugal took part after the restoration of its independence in 1668. Portuguese integration in the allied group gave Lisbon a central position in the face of the imminent invasion of Spain. The capital city of Portugal was the perfect operations headquarters and the provisional residence of the Archduke Charles during 1704-1705. This article analyzes the Habsburg's stay in the city and his journeys around the Portuguese geography supervising military preparations in the company of King Peter II. However, the days spent in Lisbon and the trips didn't actually correspond with a pre-warfare state. Visits to relics and churches, as well as flamboyant festive programs in different cities were carried out in an attempt to proclaim their royal virtues. Only after the conquest of Gibraltar and the Allies entered the Mediterranean Sea did Portugal lose its protagonism.*

KEY WORDS: **The War of the Spanish Succession. Archduke Charles. Peter II of Portugal. Portugal.**

PORTUGAL EN LA ENCRUCIJADA: ALIARSE CON AUSTRIAS O BORBONES

La participación portuguesa en el bando aliado durante la Guerra de Sucesión española no fue una elección fácil. Surgió como resultado de una combinación de circunstancias complejas que empujó a Pedro II a romper primero su primitivo pacto con los Borbones, por el que reconocía a Felipe V en el trono de Madrid, instalarse en una breve neutralidad y finalmente decantarse por las potencias que apoyaban la coronación del archiduque Carlos como rey de España. Aparentemente, el movimiento de un extremo al otro del panorama político europeo en poco menos de dos años perseguía evitar que Portugal pudiese sufrir un ataque en su territorio¹. Pero, en el fondo, también contenía implícito el deseo de convertir a la Monarquía lusa en un agente activo en la contienda sucesoria capaz de ampliar sus fronteras en la península ibérica.

No era esta una pretensión nueva. Había estado presente en Lisboa desde que en la década de 1690 Carlos II había dado muestras inequívocas de que moriría sin descendencia y Francia había rescatado ante Inglaterra y Holanda la vieja idea de la partición de la Monarquía católica. Con la intención de obtener algún beneficio del último de los repartos, Pedro II se había apresurado ya entonces a hacer llegar a los oídos de Luis XIV que estaba dispuesto a apoyarle en su plan a cambio de, entre otras cosas, anexiones territoriales en

¹ CLUNY, Isabel, «Estrategias políticas de la monarquía portuguesa frente a la Guerra de Sucesión española», en ÁLVAREZ-OSSORIO, Antonio, GARCÍA GARCÍA, Bernardo J. y LEÓN SANZ, Virginia, *La pérdida de Europa. La Guerra de Sucesión por la Monarquía de España*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes-SECC, 2007, págs. 653-672.

la frontera con España². A pesar de que la propuesta portuguesa —que contaba con el beneplácito francés— fue rechazada por Inglaterra y finalmente Pedro II quedó al margen de las particiones, el fallecimiento de Carlos II y su testamento favorable al duque de Anjou hizo recuperar algunas opciones al gobierno luso. Es verdad que una posible unión entre Francia y España dejaba a Portugal en una situación de desamparo pero no es menos cierto que París necesitaba urgentemente que los príncipes europeos reconociesen al nieto de Luis XIV en el trono de Madrid para ganar en legitimidad. Ahí Lisboa podía tener un filón del que sacar compensaciones, aunque, como sujeto menor, hubiese de mantenerse en un discreto segundo plano. Como apuntaba desde Londres el embajador portugués, Luis da Cunha, nadie osaría explicarse sin antes saber las intenciones del Imperio, Inglaterra y los Estados Generales, «porque para obrigar ao Rey de França a que se tivesse ao tratado, era certo que cada hua das Potencias queria contar sobre as forças das outras»³.

Era finales de noviembre de 1700 y la indecisión a la que aludía el embajador empujaba a Portugal hacia posiciones hispanofrancesas. La razón era simple: mientras a los enemigos de Luis XIV les embargaban las dudas, Francia avanzaba firme para afianzar a Felipe V en el trono de Madrid y ganarse aliados. Solo dos días después de que Luis da Cunha diese cuenta de lo conveniente de mantenerse a la espera, José da Cunha Brochado, representante de Pedro II en París, informaba a aquel de una conversación en la que el secretario de Estado francés le había revelado su voluntad de renovar alianzas con Lisboa⁴. Para los representantes portugueses en Londres y París, la situación parecía adquirir un cariz altamente complicado, pues aunque Inglaterra acabaría por aceptar a Felipe V como rey de España, la propuesta que se planteaba iba más allá del simple reconocimiento. En Lisboa, en cambio, la situación no podía ser más favorable a los intereses de Luis XIV. Por esas fechas, un Pedro II bajo el ascendiente del pro-francés duque de Cadaval no solo daba el visto bueno al testamento de Carlos II y manifestaba el «gosto com que ficava de ter por vizinho um príncipe da Caza de França»⁵, sino que hacía llegar a Pierre Rouillé, a la sazón embajador en Lisboa, su deseo de establecer una alianza con Francia y que España entrase en ella⁶.

² PERES, Damião, *A diplomacia portuguesa e a Sucessão de Espanha*, Barcelos, Portucalese, 1931, págs. 19-20.

³ *Copia de carta de Luis da Cunha a Pedro II*, Arquivo Nacional da Torre do Tombo [ANTT], Ministério dos Negócios Estrangeiros [MNE], liv. 776, ff. 77v-79v.

⁴ *Carta de José da Cunha Brochado a Luis da Cunha*, Academia das Ciências de Lisboa [ACL], Serie Azul, ms. 553, f. 183.

⁵ Así se lo hizo saber el embajador portugués al secretario de Estado, marqués de Torcy. *Carta de José da Cunha Brochado a Pedro II*, Biblioteca da Ajuda [BDA], 49-X-39, ff. 54v-58v.

⁶ SZARKA, Andrew Stephen, *Portugal, France, and the coming of the War of the Spanish Succession, 1697-1703* (tesis doctoral), Columbus, Ohio State University, 1976, pág. 219.

La neutralidad que desde 1668 había imperado en la política exterior portuguesa no parecía ahora una buena opción. Las opiniones que circulaban por la corte lisboeta aconsejaban cambios. Mantenerse en esa posición equivalía a aislarse en el contexto internacional, renunciar a compensaciones por suscribir una alianza y, sobre todo, no contar con apoyos en caso de sufrir una agresión externa. Partiendo de esa base, un memorial anónimo de comienzos de 1701 reducía las opciones de Portugal a decantarse por los Borbones o unirse a una coalición aún no definida que debería aglutinar a las potencias marítimas y el Imperio. Y recomendaba, teniendo en cuenta que Holanda e Inglaterra eran «repúblicas sim estabilidade de governo», aceptar un pacto con Francia y España para evitar, además, el enfrentamiento directo con ellas y una invasión terrestre desde Castilla⁷. Desde época medieval, el valle del Guadiana se había demostrado una fácil vía de acceso a Portugal en conflictos armados y lo que se pretendía ahora era taponar esa entrada mediante un acuerdo. El rechazo a las armas, concluía otra opinión, no siempre era la solución en momentos difíciles: «Tenho por menos segura huma neutralidade descuidada, que hua guerra prevenida he hua mina da conservação das Monarchias que rebenta ao longe e sempre com ruina na reputação»⁸.

En un clima tan favorable, que Rouillé cerrase la negociación cuanto antes no tenía por qué ser difícil. Sin embargo, los deseos de Pedro II de obtener beneficios similares a los que habría conseguido con la aceptación del tratado de partición, de haber sido respetado por Luis XIV, harían que se demorase más de lo esperado. Dejando al margen las cuestiones fronterizas en la península ibérica —ahora intocables—, Lisboa pretendía asegurarse el control del río Marañón en el continente americano, contar con apoyo naval para la defensa de sus costas y recibir compensaciones económicas por parte de Madrid si, como pretendía París, tenía que cerrar sus puertos a los enemigos de las Dos Coronas. Negar la entrada en el país a las flotas enfrentadas con los Borbones era una decisión polémica que podía resultar perjudicial para los intereses lusos y, de ahí, que el gobierno se mantuviese firme en las contraprestaciones que deseaba para sí. De este modo, solo a mediados de junio de 1701 y después de asistir a los coqueteos de la corte de Lisboa con Waldstein, el embajador imperial en la ciudad, Rouillé, que en realidad negociaba el tratado en nombre de Felipe V, acabaría aceptando y haciendo posible que se suscribiese el acuerdo entre Portugal y la España borbónica⁹.

⁷ *Proposta sobre Portugal se declarar, e porque nação, ou ficar neutral*, BDA, 51-XI-33, ff.262r-265r.

⁸ *Carta de Gomes de Freire de Andrade, capitão de Artilheria, a Denis de Mello de Castro, conde das Gaveas*, ACL, Serie Azul, ms. 383, ff. 199-205.

⁹ CANTILLO, Antonio del (ed.), *Tratados, convenios y declaraciones de paz y comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la Casa de Borbón desde el año de 1700 hasta el día*, Madrid, Alegría y Charlain, 1843, págs. 28-32.

Aunque las ventajas para Lisboa eran grandes y Pedro II contaba con el compromiso de que París enviaría tropas y navíos que defenderían Portugal si la alianza motivaba que un tercer país declarase la guerra a los lusos, la incertidumbre y el malestar se apoderó de los hombres de negocio de la ciudad. Con excepción de dos o tres ministros, escribiría Paul Methuen —el hijo del célebre protagonista de los tratados de 1703—, todo el mundo estaba disconforme¹⁰. La afirmación era exagerada pues aún no se había asistido a ningún episodio crítico para la seguridad portuguesa pero denotaba que los apoyos a la alianza no eran tan firmes como se había supuesto. De hecho, mientras Portugal había ido estrechando los lazos con los Borbones, el Imperio había conseguido el apoyo de Inglaterra y Holanda más por deméritos de Luis XIV que por el buen hacer de la diplomacia austriaca¹¹, y era ante ese escenario donde la opción borbónica debía demostrar su fiabilidad a Lisboa.

El envío a la capital lusa de una flota francesa capitaneada por el marqués de Chateau-Renaud a finales de verano sirvió para calmar los ánimos de la población. Con ese movimiento «this Court may be considered to be as much at the Devotion of French as that of Spain», se lamentaba Paul Methuen¹², quien pocos días después daría incluso cuenta de agravios de soldados y del común del pueblo contra algunos mercaderes ingleses¹³. En el origen de los excesos se situaba la euforia instalada en el Tajo tras conocerse la noticia de la llegada de la armada pero ese no dejaba de ser un aspecto secundario. Si algo preocupaba de la presencia francesa en Lisboa al embajador inglés era el bloqueo que ejercía en sus negociaciones para lograr que Pedro II se apartase de su alianza de los Borbones y se uniese a Londres. Por más que en las audiencias con el monarca manifestase lo perjudicial que el tratado resultaba para la estabilidad de Europa y del propio reino de Portugal, él sabía que solo podía avanzar en su misión profundizando en la aprehensión que la corte sentía ante el poderío naval inglés, y ahora esa vía quedaba inutilizada. El gobierno se sentía tan protegido que pese a preguntar directamente al monarca qué haría en caso de que Inglaterra declarase la guerra a Francia este se había limitado a responder a través del secretario de Estado que iban a seguir manteniendo su alianza con los Borbones. Son tan vanidosos los cortesanos, co-

¹⁰ COLE, Christian (ed.), *Historical and Political Memoirs, Containing Letters written by Sovereigns, Princes, State Ministers, Admirals, and General Officers etc. From almost all the Courts in Europe, beginning with 1697 to the End of 1708*, Londres, J. Millan, 1735, pág. 424.

¹¹ KAMEN, Henry, «España en la Europa de Luis XIV», en MOLAS RIBALTA, Pere (coord.), *La transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción*, tomo XXIII de *Historia de España de Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993, págs. 205-298, pág. 244.

¹² *Carta de Paul Methuen al secretario de Estado Vernon*, The National Archives [TNA], State Papers [SP], 89/18, f. 3.

¹³ *Carta de Paul Methuen al secretario de Estado Vernon*, TNA, SP, 89/18, ff. 10-12.

mentaba Paul Methuen, que dicen que aunque «formerly England held the balance of Europe, it was now in the hands of Portugall»¹⁴.

Quizás era más fácil limitarse a pedir la simple neutralidad de Portugal. Aun sin el visto bueno de Londres, nada le impedía al inglés explorar una vía que no dejaba de ser un paso hacia la desunión entre Portugal y Francia. Sobre todo podía alcanzarse a través de aspectos que condujesen a la guerra a París y Londres que no estuviesen comprendidos en la alianza suscrita por el Braganza. Uno de ellos era el reciente reconocimiento hecho por Luis XIV de Jacobo III Estuardo como rey de Inglaterra en detrimento de Guillermo III de Orange. En la audiencia que el inglés tuvo con Pedro II el día 11 de noviembre le informó de que, como consecuencia del gesto del Rey Sol, la guerra era ya inevitable y le instó a que Portugal permaneciese neutral. Aunque Methuen no recibió respuesta, la preocupación que había observado en el monarca le indicaba que estaba en el buen camino¹⁵. Días después, convencido del cambio se estaba operando en Lisboa, señalaba ya el abierto deseo de la corte de que Inglaterra declarase la guerra a Francia «without any mention of the Duke of Anjou's succession to the Crowne of Spaine, by which means the King of Portugall may if the pleased, remaine entirely free from the obligations of his late Treaties with France and Spaine»¹⁶.

Lisboa, sin embargo, ya había comprendido que, más que evitar que se activase la alianza, le convenía salir de ella. Para lograrlo, según sugirió Luis da Cunha, nada mejor que forzar a Francia pidiendo los subsidios que había prometido indefinidamente a Portugal hasta que llegase un momento en que no pudiese cumplir su palabra. Esta actitud tenía que servir para obtener una excusa con que romper el pacto¹⁷. Alentado por Lisboa, José da Cunha Brochado fue el encargado de hacer llegar las peticiones a Luis XIV desde su embajada en París. En marzo de 1702, en una audiencia con Torcy, haciendo uso de una refinada oratoria, se lamentó del «estado violento em que se achava a Europa» y de las altas posibilidades de que, negándole la entrada en los puertos lusos a la flota anglo-holandesa, la guerra comenzase para los Braganza, y reclamó el envío inmediato de una armada y numerosas tropas a Portugal. En la pormenorizada lista de exigencias presentada por Cunha Brochado figuraban 20 navíos y 3.000 hombres para Lisboa, 12 barcos para Brasil y

¹⁴ *Carta de Paul Methuen al secretario de Estado Vernon*, TNA, SP, 89/18, ff. 15-19.

¹⁵ *Carta de Paul Methuen al secretario de Estado Vernon*, TNA, SP, 89/18, ff. 32-37.

¹⁶ *Carta de Paul Methuen al secretario de Estado Vernon*, TNA, SP, 89/18, ff. 44-46.

¹⁷ BRAZÃO, Eduardo, *A diplomacia portuguesa nos séculos XVII e XVIII*, vol II, Lisboa, Resistência, 1980, pág. 12. No obstante, Luis da Cunha se mostró tremendamente dubitativo en esa época. Cuando en 1702 la secretaría de Estado le pidió su opinión sobre a qué liga debería unirse Portugal, se pronunció a favor de Francia. *Parecer de D. Luis da Cunha sobre a guerra da Liga*, Biblioteca Nacional, Lisboa [BNL], Manuscritos Resevados, cod. 674, ff. 130v-132v.

otros 8 para la India. Pingües números que, sin embargo, no alterarían al gobierno francés. Pedro II debía estar tranquilo: «em nada se faltaria aos socorros de que Portugal necessitava»¹⁸.

Las seguridades de Torcy ralentizaban la estrategia portuguesa, pero no demasiado. El 15 de mayo Inglaterra, Holanda y el Imperio, alegando motivos distintos en cada caso, declararon la guerra a los Borbones¹⁹. En ese contexto, la llegada a Lisboa de John Methuen para sustituir a su hijo Paul al frente de la delegación inglesa a finales de abril iba a suponer un nuevo espaldarazo a la decisión de situar a Portugal en una estricta neutralidad. Antes de su primera audiencia, el nuevo embajador ya hablaba de la descomunal flota que habían armado los aliados —con más de 80 navíos de guerra— y el miedo que con sus palabras sembraba entre los portugueses se extendía por toda la ciudad. Podía tratarse de exageraciones a las que, según Domenico Capecelatro, embajador español ante Pedro II, el gobierno por el momento no hacía caso, pero todo podía suceder —auguraba— si la flota anglo-holandesa aparecía a la vista de Lisboa²⁰.

El tamaño del contingente, algo más modesto de lo afirmado por John Methuen, a tenor de la documentación, no dejaba de ser notable. Para la campaña en la península ibérica los Aliados contaban inicialmente con 74 navíos (46 ingleses y 28 holandeses)²¹. Ganarse a Pedro II dependía de que la flota llegase a la costa portuguesa antes de que lo hiciesen los barcos prometidos por Francia. Pues, de ser así, el monarca —según se había asegurado al embajador inglés— se consideraría libre de sus obligaciones con los Borbones²². Se trataba de un plan viable y, a pesar de que el arribo de la flota se demoraría más de lo deseado, Methuen comenzaría a ganar terreno. Los portugueses «van inclinando a la neutralidad y [...] ha de ser muy dificultoso estorbar este camino», presagiaba el Consejo de Estado en Madrid²³.

Efectivamente a mediados de agosto la pervivencia de la alianza era insostenible. La flota capitaneada por el almirante Rooke, impedida por vientos desfavorables el mes anterior, se dejó por fin ver en la desembocadura del

¹⁸ *Carta de José da Cunha Brochado a Pedro II*, BDA, 49-X-39, ff. 29r-31r.

¹⁹ FRANCIS, Alan David, *The First Peninsular War. 1702-1713*, Londres-Toumbridge, Ernest Benn, 1975, págs. 20-21

²⁰ *Consulta del Consejo de Estado*, Archivo Histórico Nacional [AHN], E, leg. 1771, exp. 17.

²¹ FRANCIS, Alan David, *The Methuens and Portugal*, Londres, Cambridge University Press, 1966, pág. 131. Tras las divisiones de la flota, 28 navíos ingleses y 20 holandeses se desplazarían a España ese mismo año. *Lista da Armada de Inglaterra e Hollanda que no anno de 1702 veyo a Espanha tirada de húa memoria que trazia Guellar ten.te de hú dos Navios della*. BNL, *Arquivo da Casa de Tarouca* [AT], 31.

²² FRANCIS, *The First Peninsular*, pág. 36.

²³ *Consulta del Consejo de Estado*, AHN, E, leg. 1771, exp. 28.

Tajo el día 18 y bordeó el cabo de San Vicente el 21²⁴. Para entonces Methuen ya llevaba tres semanas en Lisboa y los borbónicos observaban atónitos las reuniones que se sucedían entre el gobierno portugués y los ministros de los Aliados. Capecelatro, visiblemente enojado por el rumbo de los acontecimientos, apenas sí alcanzaba a averiguar su contenido y se lamentaba del desconcerto que se había apoderado de él: «sólo encuentro más confusión cada día, [...] diciendo unos que se fundan en el establecimiento de la neutralidad y otros en la suposición de que los españoles no demuestran aquella constante lealtad que deven a Vuestra Magestad»²⁵. Ciertamente tenía motivos para estar preocupado: pocos días después, la flota anglo-holandesa volvería a aparecer en el horizonte lisboeta, tras acometer el sitio de Cádiz, y, con ella, se derrumbaría la alianza que los Borbones habían construido con Pedro II. De nada serviría que apareciesen entonces algunos navíos franceses y que incluso entrasen en el estuario. El duque de Cadaval sería el encargado de comunicar a Rouillé que Portugal daba por disuelto el pacto. El motivo no era otro que la incapacidad de Francia de dotar de ayuda naval al país cuando lo había necesitado²⁶.

La salida de Portugal de la alianza no fue el único golpe que recibió la España borbónica desde occidente en 1702. El paso del Almirante de Castilla, Tomás Enríquez de Cabrera a tierras lusas, al poco de haber salido de Madrid con el encargo de representar a Felipe V ante Luis XIV, se erigió en la más sonada desafección que hasta la fecha había recibido el Rey Católico e hizo que las dudas sobre la recién instaurada neutralidad del gobierno de Pedro II se disparasen en la corte española. Su marcha «tem causado aquí grande ruido e brevemente se veram as consecuencias», advertía Diogo Corte Real, entonces embajador del Braganza en la ciudad²⁷. No se equivocaba el portugués. A pesar de algunos desencuentros del Almirante con la representación imperial a su llegada a Lisboa, con su presencia iba a procurar firmemente que Pedro II se sumase a la conquista de España planeada por los aliados. Era un personaje influyente entre las élites castellanas y bien podía hacer que la empresa se rindiese más fácil y que, además, el Braganza recibiese, como compensación por su participación en la contienda, algunas plazas fronterizas. A fin de cuentas, era considerado por el emperador el «representante de S. M. Carlos III» en Lisboa²⁸ y no debía ser extraño que sus conversaciones con los nobles

²⁴ FRANCIS, *The Methuens*, pág. 131.

²⁵ *Carta del marqués de Capecelatro a Felipe V*, AHN, E, leg. 1755, exp. 2.

²⁶ FRANCIS, *The Methuens*, pág. 131.

²⁷ *Carta de Diogo de Mendonça Corte Real al conde de Assumar*, cit. por PINTO, Maria Leonor Alves de Oliveira, *Alguns aspectos da diplomacia portuguesa em face do problema da Sucessão de Espanha (Cartas de Diogo de Mendonça Corte Real, anos de 1697-1703)*, tesis de licenciatura inédita, Lisboa, Universidade de Lisboa, 1956, carta LXIX.

²⁸ GÓMEZ MEZQUITA, María Luz, *Oposición y disidencia en la Guerra de Sucesión española. El Almirante de Castilla*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2007, págs. 408 y 412.

portugueses, junto con los trabajos de Methuen, situasen a la corte lusa cada vez más cerca de un pacto con los Aliados.

Era cuestión de tiempo que, pese a algunas discrepancias²⁹, Portugal acabase inclinándose a favor del Imperio y las potencias marítimas. Por más que Pedro II tratase de negar su acercamiento a la coalición, ante las preguntas del embajador español y los rumores procedentes de las cortes del norte³⁰, así ocurriría en la primavera del año siguiente. Sin que Capecelatro y Chateneuf —recién llegado a Lisboa para sustituir a Rouillé— pudiesen hacer nada, el Braganza suscribió un tratado por el que reconocía a Carlos III como rey de España, a cambio de jugosas compensaciones³¹. A partir de ahí, el paso del archiduque a la ciudad del Tajo —como figuraba en el acuerdo—, tenía que ser, en opinión del Almirante de Castilla, un escalón imprescindible en su ascenso al trono de Madrid. Porque si había quien podía considerar que la conquista se podría comenzar atacando algún puerto costero de España, para el Almirante la capital portuguesa tenía que ser el centro de todas las operaciones y desde donde el Habsburgo tenía que iniciar su marcha hacia la corona. Con casi 30.000 hombres dispuestos para la guerra, cuanto antes se dirigiese a la capital portuguesa, antes podría acometer la expulsión de Felipe V de España³².

ESPERANDO AL REY DE ESPAÑA

La futura llegada del archiduque Carlos a Lisboa fue objeto de un amplio debate en los meses que siguieron al tratado firmado por el gobierno y los Aliados. Si el Almirante de Castilla había remitido a la corte de Viena razones ineludibles para que don Carlos acometiese su viaje a Portugal cuanto antes, a orillas del Tajo surgieron, aunque tímidas, algunas voces cuestionando la idoneidad de su presencia —y con él, la de un ejército tan numeroso—. Por ejemplo, un panfleto que circuló por las calles de Lisboa en esa época insinuaba que el archiduque podía aprovechar su desembarco en la ciudad

²⁹ SALDANHA, Antonio Vasconcelos de y RADULET, Carmen (eds.), *Portugal, Lisboa e a Corte nos reinados de D. Pedro II e D. João V. Memórias históricas de Tristão da Cunha de Ataíde 1.º Conde de Povolide*, Lisboa, Chaves Ferreira, 1990, pág. 142.

³⁰ *Carta de Domingo Capecelatro a Felipe V*, AHN, E, leg. 1765, exp. 27.

³¹ CASTRO, José Ferreira Borges de (ed.), *Collecção dos tratados, convenções, contratos e actos publicos celebrados entre a Coroa de Portugal e as mais potencias desde 1640 até ao presente*, I, Lisboa, Imprensa Nacional, 1856, págs. 140-187.

³² *Razones o motivos del Almirante de Castilla para provar que la presenzia del Archiduque en Portugal es absolutamente necessaria en Portugal remitidos a la Corte de Viena en Junio de 1703*, BNL, Manuscritos Reservados, cod. 439, ff 1r-3r.

para apoderarse del reino³³. Más comedido, el «desembargador» Manuel Lopes de Oliveira fue el autor de un escrito, fechado el 1 de agosto de 1703, en el que advertía de que la presencia de regimientos militares extranjeros en Portugal podía alterar gravemente la vida de las comunidades locales, y recomendaba dar cuenta a las villas y comarcas de que la resolución de ir a la guerra no era ni temeraria ni injusta y que había que obedecerla «sem escrupulos». La buena marcha de las operaciones dependía del buen recibimiento de los ejércitos extranjeros por el pueblo portugués, apuntaba Oliveira, quien, sin embargo, se mostraba mucho más preocupado por otro aspecto unido a la llegada del archiduque. El pretendiente al trono de Madrid llegaría a Portugal en compañía de una gran corte y el «desembargador» temía que, como sucedía en las conjunciones de los planetas, se produjesen «eclipses e outros effeitos nocivos à terra e ao mondo». Las rivalidades entre los ejércitos y los soldados de diferentes naciones y religiones podían provocar desencuentros, y de sus palabras parecía desprenderse que quizás la corte de los Braganza podía sentirse abrumada ante la magnificencia de la del Habsburgo³⁴.

Por su parte, el duque de Cadaval, contrario a la alianza, ya había agitado el fantasma de la religión antes de que se firmase el acuerdo: había considerado que con él las tierras americanas podían sucumbir a las ideas de Lutero y Calvino³⁵. Pero en el fondo la presencia del archiduque en Lisboa era profundamente deseada por el gobierno luso y la condición protestante de los aliados poco contaba frente a los beneficios que el viaje a Portugal podía tener para la defensa del país y sus conquistas. Por eso, cuando la salida de Viena del aspirante al trono español se ralentizó más de lo deseado en la segunda mitad de 1703, la inquietud ante un cambio de planes que aislase al gobierno se hizo patente. Preocupado por la marcha de los acontecimientos, Pedro II, además de no admitir al archiduque sin los socorros prometidos, rechazaba para entonces los subsidios sin la presencia de aquel. Por lo que los imperiales se verían obligados a hacer comprender a los portugueses que el envío del Habsburgo era inminente³⁶. Aunque el Imperio focalizaba sus intereses en Italia, y las potencias marítimas, en el acceso a las rutas comerciales entre la península ibérica y América, la consecución de esos objetivos pasaba por un ataque directo a España.

³³ CARDIM, Pedro, «Portugal en la guerra por la sucesión de la Monarquía española», en GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (org.), *La Guerra de Sucesión en España y la batalla de Almansa*, Madrid, Sílex, 2009, pág. 225.

³⁴ *Papel que o Dezembargador Manouel Lopes de Oliveira fez ao Duque de Cadaval sobre a Liga do anno de 1704*, ACL, Serie Vermelha, ms. 604, ff. 74v-80v.

³⁵ *Parecer del duque de Cadaval en la inclusión de Portugal en la liga con las potencias marinas*, BNL, Manuscritos Reservados, cod. 749, f. 39v.

³⁶ *Carta del conde de Wratislaw a Luis da Cunha*, ANTT, MDL, 356, s. f.

Sin embargo, pese a la posición central que ocupaba Portugal en esa estrategia y las seguridades de los imperiales, Pedro II optó por la cautela. No deseaba anticiparse a ninguna operación militar y cuando algunos de sus generales le pidieron permiso para dirigirse a las provincias del reino para examinar sus tropas, resolvió ordenar que no se moviesen «hasta nueva orden». Según informaba Capecelatro, aún al frente de la embajada española en Lisboa, pretendía antes ver cuáles eran «los efectos de la armada enemiga» y temía que adelantando sus tropas se produjese «desconfianza con algunas hostilidades, respecto de ser los que más incitan a la guerra»³⁷. Se trataba de depurar responsabilidades, mantenerse a la sombra y esperar a que otros se empeñasen en el conflicto; que fuesen los españoles quienes declarasen la guerra a Portugal. Había que aguantar una farsa y hacer ver que, con un embajador en Madrid y su homónimo en Lisboa, España y Portugal seguían manteniendo buenas relaciones. Al menos, esa era la teoría. En la práctica la guerra de símbolos y las manifestaciones de particulares a favor del archiduque y la alianza quedaban fuera del guión.

En Roma, una de las grandes capitales europeas del ceremonial³⁸, los imperiales ya habían explorado el poder propagandístico de las representaciones. Con motivo de la festividad de San Antonio —patrón de los portugueses—, el 13 de junio de 1703, y las manifestaciones que tuvieron lugar en la iglesia homónima, el pro-imperial cardenal Grimani había creído conveniente estar presente en las oraciones al patrón de los lusos para, ante toda la opinión pública, sancionar el buen entendimiento con los nuevos coligados³⁹. El recurso a los santos, a las devociones populares y a su carácter identitario era el camino a seguir y así sucedería en la propia ciudad de Lisboa —de forma más hiriente para los borbónicos— durante la celebración de la festividad de Montserrat, el día 8 de septiembre, en la iglesia de São Bento. Sufragada por los comerciantes del reino de Aragón, la ceremonia reunió a buena parte de la colonia residente en Lisboa, que asistió a una polémica petición hecha por el religioso a cargo de los oficios para que los presentes, a petición del procurador general del «consulado de la nación española», Francisco de Baranda, rezasen dos avemarías, «una por la salud y buenos subcesos de aquel Rey y otra para que Dios faboreciese los intereses de la Casa de Austria permitiendo llegase Carlos Tercero a gozar de la Monarchia de España». Capecelatro tuvo conocimiento de lo acaecido a través de uno de los españoles que se encontraba en el templo y, tras reunirse con el embajador francés, escribió al secre-

³⁷ *Carta de Domenico Capecelatro a Felipe V*, AHN, E, leg. 1751, exp. 3.

³⁸ VISCEGLIA, Maria Antonietta y SIGNOROTTO, Gianvittorio (eds.), *La corte di Roma tra cinque e seicento, «teatro» della politica europea*, Roma, Bulzoni, 1998.

³⁹ *Carta del cardenal Grimani a Leopoldo I*, Haus-, Hof- und Staatsarchiv [HHStA], Rom, Korrespondenz, 84, int. 1, ff. 143-146.

tario de Estado portugués un papel dando cuenta de la ofensa sufrida por la Casa de Borbón. Presionado por la queja interpuesta pero sin poder actuar contra un partidario del archiduque, el gobierno cargó contra el clérigo y le desterró a 30 leguas de la capital portuguesa. Era una forma de contentar a ambas partes y Capecelatro, por más que fuese «notorio» que la responsabilidad última recaía sobre Baranda, no pudo sino felicitar personalmente al secretario⁴⁰.

El deseo de aparentar normalidad, pese a la proximidad de la llegada del archiduque, seguía presente y, poco después del escándalo de São Bento, Pedro II se inclinó por rechazar la petición de John Methuen para que ordenase a los españoles residentes en Portugal abandonar el país⁴¹. Sin Carlos de Austria y sin los subsidios prometidos, Lisboa seguía siendo neutral y debía guardar las formas por más que ante los ojos de Europa poco hubiese que ocultar. En efecto, a nadie se le escapaba la impaciencia de la corte: en tierra se procedía a los arreglos y adornos del palacio, se preparaban carrozas para los desfiles y «gran cantidad de ropa de messa»; en el mar, los pilotos portugueses recibían avisos de la próxima entrada de navíos en la barra del Tajo. «Señales evidentes de creerse próxima la venida del archiduque», comentaba Capecelatro⁴². Una llegada para la cual también estaba preparado el propio embajador. Y es que en caso de que los indicios se convirtiesen en certezas, el marqués tenía órdenes de abandonar la ciudad y entregar un «papel de despedida» justificando su marcha por los excesos cometidos contra la Monarquía de España al aceptar Lisboa a la persona del archiduque y a las tropas de los enemigos de Felipe V⁴³. Era cuestión de tiempo y no pasaría demasiado para que, por fin, el 21 de noviembre, Capecelatro se decidiese a abandonar la ciudad y acabase con el teatro. Con una operación que se sellaba con la invitación al representante portugués en Madrid, Diogo de Mendonça Corte Real, a dejar también él la corte, se cerraba un ciclo de cordialidad. Ambos embajadores se cruzarían el día 14 de diciembre en la frontera de Badajoz a las dos de la tarde, el mismo punto que no mucho después sería testigo del paso del ejército aliado hacia España⁴⁴.

Capecelatro no era el único al que le había inquietado el viaje del Habsburgo a Portugal. El nuncio pontificio en Lisboa, Michelangelo Conti, al no haber reconocido la Santa Sede al archiduque Carlos como rey de España,

⁴⁰ *Consulta del Consejo de Estado*, AHN, E, leg. 1767, s. f.

⁴¹ *Carta de Domenico Capecelatro a Felipe V*, AHN, E, leg. 1751, exp. 22.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Consulta del Consejo de Estado*, AHN, E, leg. 1751, exp. 31.

⁴⁴ Dando cuenta de la salida de Capecelatro, *Carta de José Pérez de la Puente a José Camín*, AHN, E, leg. 1751, exp. 51. La permuta de embajadores es referida en *Carta del príncipe de T'Serclaes al marqués de Rivas*. AHN, E, leg. 1751, exp. 51.

observaba su llegada con recelo; la consideraba un foco de problemas capaces de envolver al Papado en las disputas entre austracistas y borbónicos y valoraba con cautela cómo proceder en su presencia meses antes de que esta se produjese. Advertido en diciembre de 1703 de que la corte lisboeta tenía intenciones de invitarle a las celebraciones por la llegada del archiduque, se posicionaría en la que consideraba una estricta neutralidad. Aunque no abandonaría la ciudad, haría constar que tampoco participaría en los festejos por la entrada en Lisboa de Carlos de Austria. Incluso daría instrucciones a sus sirvientes para que, llegado el momento, no hiciesen ninguna demostración desde su palacio que pudiese ser entendida como favorable a los austracistas. Aunque se trataba de toda una declaración de intenciones con la que la Nunciatura pretendía pasar desapercibida, no podría evitar cierto descontento entre los portugueses⁴⁵.

Aun así, el gesto de Conti no tendría mayores consecuencias. En la Lisboa de principios de 1704 nada podía empañar el desembarco del archiduque. Cuando, por fin, las naves acercaron al que había sido coronado rey de España en Viena al estuario de Lisboa, el júbilo se desató en la corte. Después de las incertidumbres, se cumplían las exigencias del gobierno portugués. El Habsburgo llegaba a la ciudad y lo hacía después de un largo viaje⁴⁶, que había comenzado en el corazón de Centroeuropa casi medio año atrás y que, después de descender el valle del Rin, le había conducido a la corte de La Haya y más tarde a Londres, las capitales de sus principales aliados en el conflicto sucesorio. En ambas había recibido los máximos honores y —lo más importante— un tratamiento digno de un rey y ahora, al concluir en la península ibérica un periplo que recordaba al que Carlos V había hecho en 1519 para tomar posesión de la Monarquía, se esperaba que la acogida en Portugal no fuese menor.

EN TIERRAS DE PORTUGAL

El 7 de marzo de 1704 el velero inglés *Royal Catherine*, escoltado por una imponente flota, entró en el estuario del Tajo con Carlos de Austria a bordo y fondeó en las proximidades de Belén. Pese a la expectación que había despertado su llegada a Lisboa desde hacía meses, nadie había previsto el arribo del

⁴⁵ El episodio es recogido por Conti en las cifras que envió desde Lisboa a la Secretaría de Estado de la Sede Apostólica de los días 18 de diciembre de 1703 y 12 de febrero y 11 de marzo de 1704. Archivio Segreto Vaticano [ASV], Segreteria di Stato [Segr. Stato], Portogallo, ff. 102-103, 110-111 y 118-119.

⁴⁶ LEÓN SANZ, Virginia, *Carlos VI, el emperador que no pudo ser rey de España*, Madrid, Aguilar, 2003, pág. 58.

archiduque en esa fecha. Noticias llegadas días atrás a la ciudad dando cuenta de las dificultades que estaba encontrando el Habsburgo para completar su travesía por falta de viento habían invitado a pensar que aún se demoraría más tiempo en su viaje. La aparición de la flota aliada doblando Cascais, aunque esperada, se había presentado, así, como una grata sorpresa y el horizonte punteado por las velas de la escuadra que capitaneaba George Rooke había disparado las manifestaciones de alegría en las poblaciones costeras. Como muestra del respeto debido a la dignidad regia del que había sido coronado soberano de España, esa misma noche subirían a bordo del *Royal Catherine* el duque de Cadaval, en nombre de Pedro II, y Paul Methuen, en representación de la reina Ana de Inglaterra y en sustitución de su padre John —indispuesto por un ataque de gota—, para cumplimentarle por su feliz llegada. Su presencia y sus parabienes eran solo el preludio del recibimiento que Lisboa reservaba para el que deseaban entrarse también triunfal en Madrid con el nombre de Carlos III⁴⁷.

Al día siguiente, aún a bordo, el archiduque recibió al marqués de Marialva, enviado por Pedro II para felicitar al monarca una vez más, y solo el 9 dio comienzo la recepción oficial. Ese día el *Royal Catherine*, gobernado por George Rooke, continuó río arriba entre el estruendo de las salvas que se lanzaban desde los fuertes del estuario y echó anclas frente al Palacio Real. Allí acogió el archiduque al Braganza pasadas las cuatro de la tarde y, una hora después, los dos monarcas descendieron a tierra firme acompañados de sus séquitos por un puente adornado con arcos triunfales que había sido construido para la ocasión⁴⁸. De esta provisional edificación se conoce bastante bien su composición gracias a un testimonio del conde da Ericeira, autor intelectual de su programa iconográfico⁴⁹. Contaba con un pórtico en el que figuraban dos estatuas que representaban la gloria y la felicidad de Portugal. Destacaba en el conjunto una espaciosa plaza en la que se representaban las glorias de Júpiter, sobre cuya estatua se posaba un águila, «alegoria em tudo ao novo Príncipe e aos reynos de Espanha». Como buena muestra de la arquitectura efímera del Barroco, pretendía causar admiración, exaltar al soberano y publicitar los símbolos del poder triunfante de las monarquías absolutas⁵⁰.

Las imágenes del puente y la plaza no eran las únicas que encumbraban la alianza entre Portugal y la causa austracista. En las galerías del Palacio Real se habían dispuesto diez pinturas sobre episodios del Antiguo y el Nuevo Tes-

⁴⁷ *Carta de Paul Methuen*. TNA, SP, 89/18, ff. 85-86.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ Él mismo refiere que la idea fue suya pero que la fábrica corrió a cargo del conde de Soure. *Carta del conde da Ericeira al virrey de la India*, ACL, Serie Azul, ms. 383, ff. 186-198. El testimonio ha sido citado por CARDIM, «Portugal en la guerra», pág. 227.

⁵⁰ BONET CORREA, Antonio, «La arquitectura efímera del Barroco en España», *Norba-Arte*, 13 (1993), pág. 23.

tamento que pretendían ser referencias de los protagonistas del conflicto sucesorio y cuya autoría se desconoce⁵¹. Por su alto contenido simbólico destacaban dos cuadros. Uno en el que el archiduque era evocado en una representación de la transfiguración de Jesús en el Monte Tabor y otro en el que Felipe V era equiparado al faraón ahogado en las aguas del mar Rojo persiguiendo a Moisés. Ambos conformaban los dos puntos opuestos sobre los que basculaba el conjunto pictórico. A un lado se hallaban las doncellas del rey David que esperaban a su amo al igual que aguardaban al Habsburgo los reinos de España; el ciego que recuperaba la vista iluminado por el Señor como el duque de Saboya cuando había pasado al bando aliado; y Judit que con la cabeza de Holofernes en sus manos recordaba a la reina viuda de Inglaterra, Catalina de Braganza. Del otro, Judas ahorcado de un árbol ilustraba la traición del cardenal Portocarrero a la casa de Austria; Saúl pidiendo a un soldado que le matase tras la derrota en el monte Gilboa apuntaba al duque de Baviera y su participación en el bando borbónico; y dos pinturas de San Pedro, en una prometiendo a Jesús estar preparado para cualquier sufrimiento y en otra llorando tras haber negado al maestro, denunciaban los movimientos de Clemente XI en la Guerra de Sucesión española, entendidos hasta el momento perjudiciales para los intereses del archiduque Carlos.

Fue en ese marco en el que el Braganza y el Habsburgo recibieron a la nobleza del país mientras, de fondo, piezas interpretadas por algunos vasallos del monarca amenizaban la función. «Pareceu bem aos estrangeiros a Múzica e com singularidade alguns instrumentos», apuntaría el conde de Ericeira⁵². Como no podía ser de otra manera, el recibimiento era digno de un rey, y solo concluiría cuando el propio Pedro II acompañase a su invitado hasta sus aposentos. Se había preparado para la ocasión una estancia con un lecho de plata y oro y excelentes tapicerías, donde el Habsburgo habría de descansar y prepararse para una cena ofrecida por el anfitrión. El banquete, en una gran mesa, reuniría al archiduque, al rey de Portugal, a sus tres hijos y a los principales títulos lusos. Iba a ser la última vez que ambos soberanos compartiesen mantel⁵³. La mañana siguiente Pedro II iría a visitar al archiduque y el día después sería este quien devolviese la visita al portugués. Pero las fiestas y celebraciones quedaban ya atrás. Aunque el archiduque tendría todavía tiempo de cumplimentar a la reina viuda de Inglaterra⁵⁴, el momento de las armas había llegado.

⁵¹ *Nota de' Quadri preparati dalla Maestà del Rè di Portugallo per ornamento della Galleria in cui doveva passeggiare il Rè Carlo Terzo di Spagna..* ASV, Fondo Bolognetti, 137, ff. 118-119.

⁵² *Carta del conde da Ericeira al virrey de la India*, ACL, Serie Azul, ms. 383, ff. 186-198.

⁵³ *Carta de Paul Methuen*, TNA, SP, 89/18, ff. 85-86.

⁵⁴ *Gazeta em forma de carta*, BNL, Manuscritos Reservados, cod. 512, f. 2r. Se ha consultado y se cita el original aunque existe una edición de los avisos de esta gaceta. SILVA,

Empezaba a hablarse en Lisboa del viaje que el archiduque debía emprender para acompañar a los ejércitos rumbo a España. Las noticias que llegaban a la ciudad desde las Beiras y el Alentejo daban cuenta de que el enemigo, con Felipe V a la cabeza, se encontraba próximo a la localidad de Arronches y se creía que era solamente cuestión de tiempo que el Habsburgo contraatacase y diese comienzo a su empresa⁵⁵. En efecto, a finales de mayo, después de disipar los miedos de los lisboetas a un posible ataque de la flota francesa⁵⁶, el archiduque y Pedro II abandonaron triunfalmente la ciudad para unirse a algunas de sus tropas. Aunque parecían emular al Borbón —«hum rey Gallo, que de Francez se fez Espanol e nos veyo a cantar dentro as nossas terras»⁵⁷—, que no mucho antes había salido de Madrid al frente de su ejército, tendrían que detenerse a la altura de la ciudad de Santarem, en el centro del país. Los borbónicos estaban avanzando con una cadencia tan alta que les había permitido hacerse en pocos días con varios enclaves portugueses y llegar hasta Castelo Branco, y se temía que un ataque por sorpresa pusiese en peligro la seguridad de los monarcas. Antes ya habían tenido que detenerse en Castanheira de Ribatejo, cuando una noticia, desmentida más tarde, afirmaba que los hispanofranceses habían tomado Abrantes. Pero, pese a todo, el periplo, remontando el río Tajo, estaba siendo en buena medida un éxito propagandístico.

Los detalles del itinerario real fueron parcialmente recogidos en el manuscrito portugués *Jornada d'El Rey Pedro II à Beira na companhia do Arquiduque*⁵⁸. Gracias a este texto, centrado fundamentalmente en las andanzas del séquito del Braganza, se sabe, por ejemplo, que las poblaciones en que pernoctaban los monarcas —quienes aunque hacían el mismo recorrido, llevaban ritmos diferentes, siendo el portugués el que abría el camino— recibían siempre a los dos soberanos con luminarias y repiques de campana más propios de ambientes festivos que prebélicos, y que las visitas a iglesias que albergaban reliquias y tallas debieron de copar buena parte de las agendas reales. Así, en Santarem, donde el archiduque y Pedro II permanecieron hasta el 3 de agosto,

Joseph Soares da Silva, *Gazeta em forma de carta (1701-1716)*, Lisboa, Biblioteca Nacional, 1933.

⁵⁵ *Gazeta em forma de carta*, BNL, Manuscritos Reservados, cod. 512, ff. 2v-3r.

⁵⁶ John Methuen consideró que la presencia de la flota francesa era incierta, aunque dio cuenta del miedo de los portugueses. Algunos ministros —informó— se dirigieron a su casa para comentarle que se sentían abandonados después de que la armada inglesa hubiese dejado desguarnecido el puerto de Lisboa. *Carta de John Methuen al conde de Nottingham*, TNA, SP, 89/18, ff. 113-114.

⁵⁷ Así se refería a Felipe V un emblema portugués de 1704. MARTÍNEZ PEREIRA, Ana, «La participación portuguesa en la Guerra de Sucesión Española. Una diatriba política en emblemas símbolos y enigmas», *Península. Revista de Estudos Ibéricos*, 5 (2008), pág. 179.

⁵⁸ *Jornada d'El Rei D. Pedro Segundo à Beira na Companhia do Archiduque Carlos d'Austria e hum discurso a favor daquela guerra*, ACL, Serie Vermelha, ms. 530.

los reyes hicieron pública su devoción a la «imagem milagrosa» de Nuestra Señora de la Piedad mientras que en Coimbra fue el Braganza quien tuvo tiempo para rezar ante la tumba de la reina Santa Isabel, sepultada en el monasterio de Santa Clara. En esta ciudad, el rey dispuso además de un recibimiento especial por parte de las autoridades locales y participó, pese a no ser época académica, en algunos actos en la Universidad, donde el rector le entregó los «obséquios devidos» a su persona. Era tiempo de devociones, de homenajes y acogidas.

El viaje, pues, no dejaba de resultar extraño. En ocasiones poco parecía importar que el escaso calado de las operaciones militares estuviese irritando a los ingleses, que consideraban desde hacía dos meses que sus intereses en la península permanecían «in a very ill posture»⁵⁹. Aunque trabadas por la guerra, las visitas continuaban a su ritmo, e incluso un tanto al margen de los acontecimientos, y la idea —defendida por algunos autores— de que el camino recorrido por Pedro II y el archiduque equivalía a un mensaje político según el cual el rey de Portugal era quien estaba conduciendo a su trono al de España⁶⁰, parecía circunscribirse únicamente al público luso. Es verdad que en la mente de ambos se imponía con fuerza el deseo de emprender una campaña decisiva al otro lado de la raya pero no es menos cierto que, superados por los acontecimientos, se contentaban con otorgar el carácter de simple viaje a lo que debía ser el inicio de la guerra. «Confesso que me causo grande disprazer a excessiva prodigalidade com que a nobreza se tem empenhado em coisas mais próprias para Romerias do que para Batalhas, porque os exércitos nunca são mais formosos que quando parecem mais armados e horrendos», escribiría en un memorial un militar tiempo después⁶¹.

Cuando, por fin, pudieron llegar a Guarda y avanzaron hacia la frontera la diatriba se hizo más evidente. «Por vos se mira España libertada / y por vos ciñe Carlos la Corona», se decía en un soneto en castellano que recibía a Pedro II y que no parecía contemplar las dificultades que esperaban al monarca luso⁶². Él, que se había ganado el calificativo de *El Pacífico*, tenía ante sí la guerra, el riesgo y quién sabe si la amenaza de la muerte. El 19 de septiembre, consciente del delicado momento al que se enfrentaba, firmaría y sellaría su testamento. Si él faltase, los destinos de Portugal quedarían en manos de su hijo, el futuro Juan V⁶³.

⁵⁹ *Carta de John Methuen a Charles Hedges*, TNA, SP, 89/18, ff. 128-129.

⁶⁰ COSTA, Fernando Dores, «A participação portuguesa na Guerra de Sucessão de Espanha: aspectos políticos», en CARDOSO, José Luis *et alii*, *O Tratado de Methuen: diplomacia, guerra, política e economia*, Lisboa, Horizonte, 2003, pág. 77.

⁶¹ *Papel de Francisco Freire feito à Rainha de Inglaterra [Catarina de Braganza]*, BDA, 51-V-15, n.º 4.

⁶² *Jornada d'El Rei D. Pedro Segundo...*, ACL, Serie Vermelha, ms. 530, f. 82r.

⁶³ *Testamento de Pedro II*. ACL, Serie Azul, 759.

Aunque los reyes llegaron a cruzar la raya con las miras puestas en un ataque contra Ciudad Rodrigo, en el consejo de guerra que se celebró el día 22 de octubre los ánimos no eran ya los de antes. Algunos ministros habían hecho creer al Braganza que conquistaría Castilla «sem golpe de Espada, nem tiro de pistola», cuando en realidad los hispanofranceses estaban firmemente posicionados en las vaguadas del río Águeda⁶⁴. Tozudo, Pedro II seguía confiando en sus posibilidades y tras desoír los consejos del secretario de Estado, Diogo de Mendonça Corte Real, y del duque de Cadaval, que abogaban por regresar a Portugal, envió a sus tropas al frente. La operación fue un fracaso. Unidades comandadas por el conde de Alvor se batieron con los borbónicos y hubo intercambio de disparos de artillería entre ambos ejércitos pero al cabo de dos horas todo acabó. El rey dictó retirada. No había otra opción por más que el archiduque se mostrase altamente contrariado por la decisión del Braganza. En un nuevo Consejo de Guerra celebrado al día siguiente se acordó, con el único voto contrario del marqués das Minas, que únicamente cabía regresar a Portugal y reemprender la marcha a la capital. La vía terrestre como entrada en España se desmoronaba. Si seguían adelante, explicó Pedro II al archiduque, nunca más «seria Rey de Castella, e tornaria para Alemanha»⁶⁵.

En su vuelta a Lisboa, el Habsburgo aún fue capaz de alargar su periplo y optó por acercarse a varios conventos y desviarse de su itinerario para conocer el monasterio cisterciense de Alcobaça. Lugar de eterno reposo de los restos de tres monarcas portugueses, la abadía simbolizaba la consolidación de la Monarquía lusa en época medieval y que ahora un monarca español la visitase, demostraba el respeto hacia una corona que hasta hacía no demasiado tiempo había estado en manos de Madrid. Su presencia en la abadía el día 20 de agosto, festividad de San Bernardo —fundador de la orden del Císter— otorgaría a aquella jornada la condición de «solemne» en las crónicas⁶⁶.

Pedro II, en cambio, puso rumbo a la capital portuguesa de inmediato. Derrotado moralmente, abatido por el fracaso de sus planes, parecía por fin comprender que las cosas —como tiempo atrás habían avanzado los ingleses— no estaban corriendo demasiado bien. Cuando llegó a Lisboa, John Methuen apuntó que el rey se hallaba extremadamente deprimido por haber regresado sin las victorias que había esperado: «He fell into many expressions which stewed his sense and concern to think that being present himself with the young king of Spain it was a great loss of honour to return without all emptying on an enemy weaker than himself», escribía el embajador⁶⁷. Ciertamente el resultado de las acciones militares, por más que la publicística por-

⁶⁴ *Jornada d'El Rei D. Pedro Segundo...*, ACL, Serie Vermelha, ms. 530, f. 90r.

⁶⁵ *Jornada d'El Rei d'El Rei D. Pedro Segundo...*, ACL, Serie Vermelha, ms. 530, f. 90v-91r.

⁶⁶ *Gazeta em forma de carta*, BNL, Manuscritos Reservados, cod. 512, ff. 9r-9v.

⁶⁷ *Carta de John Methuen a Charles Hedges*, TNA, SP, 89/18, f. 179.

tuguesa tratase de encumbrarlas en diferentes gacetas, no era bueno, y ya no habría celebraciones victoriosas, como las que habían despedido a los monarcas en el mes de mayo. Tal era el malestar que incluso un sector de la corte deseaba llegar a un acuerdo particular con Luis XIV que permitiese a Portugal salir de la guerra, refería ya a comienzos de 1705 un alarmado John Methuen⁶⁸. Quizás era exagerado pero los discretos avances de los ejércitos en la frontera hispanolusa, así como la creciente corriente de opinión que auguraba que tras la conquista de Gibraltar las tropas portuguesas serían enviadas al Peñón para defender el enclave en vez de avanzar hacia el interior de España⁶⁹, estaban minando las veleidades belicistas de Pedro II. La segunda etapa de la estancia del archiduque en Lisboa se abría con demasiadas dudas. Las manifestaciones de alegría que se habían sucedido tras su llegada en marzo habían ahora desaparecido.

Alojado en una quinta del conde de Aveiras, el Habsburgo apenas participó en las fiestas y ceremonias de la ciudad durante el nuevo año. El ambiente se hallaba un tanto enrarecido y el pesimismo se haría aún más patente cuando Pedro II sufriese una apoplejía en el mes de enero que le obligase a confiar el gobierno del reino a su hermana Catalina de Braganza. Con un anfitrión convaleciente, el ceremonial y la representación quedaban en un segundo plano para el archiduque. En el fondo, la entrada de los Aliados en el Mediterráneo marginaba a Lisboa del plano operacional y la salida del archiduque rumbo hacia España por vía marítima era de esperar. Cierto es que las campañas terrestres emprendidas desde Portugal ese año —gracias, en parte, al decidido empuje de la regente⁷⁰— iban a ser un éxito, mas apenas sí consolidarían sus posiciones, a diferencia de lo que sucedería en el oriente peninsular, donde los austracistas se harían fuertes. Aun así, la entrada de fuerzas lusas en Valencia de Alcántara o la toma de Zarza la Mayor, en la Extremadura española, fueron ampliamente celebradas en Lisboa en el mes de mayo. El rey «mandou encomendar ao Arcebispo de Lisboa, e ao Bispo Capellão mór do seu Conselho de Estado fizessem dar graças a Deos nosso Senhor como Autor das Victorias por este successo em todas as Igrejas da Cidade», además de las demostraciones de alegría acostumbradas, recogía un impreso⁷¹.

Para entonces el archiduque ya había tomado la decisión de optar por la vía marítima en su salida de Lisboa. A pesar de las escaramuzas en la frontera y la conquista de algunas plazas, el fracaso del ejército aliado en su intento

⁶⁸ *Carta de John Methuen a Charles Hedges*, TNA, SP, 89/18, ff. 210.

⁶⁹ *Carta de Francisco de Sousa Pacheco*, ACL, *Serie Azul*, ms. 117, ff. 14-15.

⁷⁰ FRANCIS, *The First Peninsular*, pág. 157.

⁷¹ *Relaçam da expugnaçam da praça de Valença de Alcantara, ganhada por assalto pelo Exercito da Provincia do Alen-Tejo, & de cómo foy destruida a Villa de Sarça pelo da Beyra*. Impreso. Lisboa, Valentim da Costa Deslandes, 14 de mayo de 1705.

por hacerse con Badajoz y la retirada de las tropas a sus cuarteles con la llegada de las altas temperaturas no le daban otra opción si quería avanzar. A mediados de verano la flota que le había de conducir a otras tierras ya estaba preparada en el estuario del Tajo. Carlos de Austria se disponía a dejar la ciudad después de permanecer en Portugal algo más de un año. Pese a sus reservas y sus limitadas apariciones públicas en Lisboa, sus viajes le habían permitido ganarse el favor popular; que contase con una formidable escuadra, aplacar los recelos de los que temían que desde ese preciso instante los intereses de los Aliados se separasen irremediamente de los de Portugal. Era el 28 de julio de 1705 y, por fin, ponía rumbo a España. En la despedida, como último gesto de amistad, Pedro II habría de entregar al que había sido su invitado un viático de 15.000 monedas de oro⁷². No era fácil el viaje al que se enfrentaba.

1 AÑO, 4 MESES Y 3 SEMANAS

Si se exceptúan los días en que acampó cerca de Ciudad Rodrigo, en el mes de octubre de 1704, ese fue el tiempo que el archiduque Carlos pasó en Portugal. Un periodo excesivamente largo para las urgencias que la situación bélica exigía, pero que se demostró valiosísimo en la consolidación de la representación y el ejercicio del poder del candidato austracista y su condición regia. Su llegada al puerto de Lisboa en marzo de 1704, símbolo absoluto de hermanamiento con la Monarquía lusa y el resto de los Aliados, supuso una suerte de exaltación de su majestad, dispuesta por fin a reclamar con las armas el trono de España. Las fiestas en ocasión de su arribo, aunque siguiendo un estricto e interesado programa diseñado por el gobierno portugués, reflejaban también esos aspectos. El archiduque era para su anfitrión Pedro II y para los embajadores de la coalición Carlos III de España y, aunque ya lo había sido desde el momento de su coronación en Viena, su presencia en Lisboa — por fin, en la península ibérica — dotaba de mayor fuerza los argumentos que le habían conducido a proclamarse legítimo sucesor de Carlos II. No es que en La Haya o Londres, las primeras etapas de su viaje, no se hubiese sentido arropado pero sí es cierto que, lejanas como eran ambas ciudades al escenario de la contienda, no se hallaba en ellas — ora en la corte, ora entre el pueblo — la tensión de los lisboetas, la misma que debía sentir el archiduque ante la empresa a la que se enfrentaba.

Perfectamente compenetrada con la causa austracista y magnífico reducto para Carlos de Habsburgo, Lisboa obtuvo importantes réditos por las presta-

⁷² *Gazeta em forma de carta*. BNL, *Manuscritos Reservados*, cod. 512, ff. 20v-21r.

ciones aportadas a los Aliados. Porque si bien los beneficios aparentes durante los primeros años de la contienda en términos económicos y territoriales fueron mínimos y el país tuvo más posibilidades de sufrir una invasión que expandir sus fronteras, la centralidad de la capital durante la estancia del archiduque dotó a los Braganza de un protagonismo en Europa inusitado hasta la fecha. Al primer conflicto en que participaba desde el final de la Guerra de Restauración, Portugal había llegado ocupando una posición secundaria pero su situación geográfica le había concedido una oportunidad única para reivindicarse. Pedro II, un rey inseguro durante casi toda su vida, actuaba ahora como un líder belicoso dispuesto a guerrear con los Borbones. Su deseo, como había llegado a asegurar Francisco de Sousa Pacheco, embajador portugués en La Haya, a su homólogo imperial tiempo atrás, no había sido otro que «ter o Archiduque por vezinho»⁷³.

Aunque la afirmación era una simple alusión a los intereses lusos porque Carlos de Austria ocupase el trono de Madrid, nadie habría podido imaginar cuán literales iban a ser esas palabras. La estancia del archiduque en Lisboa había acabado convirtiendo en vecinos a los dos reyes durante más de un año, aunque jamás llegasen a serlo en sus tronos. En adelante Lisboa palidecería y quedaría marginada de las operaciones de la guerra. Gibraltar y Barcelona eran ya los nuevos centros de interés de los coligados quienes apenas sí volverían a mirar hacia el oeste.

Fecha de recepción: 29/06/2011

Fecha de aceptación: 12/04/2012

⁷³ *Carta de Francisco de Sousa Pacheco al secretario de Estado*. ANTT, MNE, liv. 806, ff. 14r-23v.